





Camille Claudel, *La edad madura*, bronce, 1891-1892.

La abeja en La Colmena

Emma Mauricia Moreno



Mundo de Liliput

Recuerdo aquella tarde que fuimos al cine Rex. Habían restaurado el antiguo cine Principal. Desde luego le cambiaron nombre y un gran telón que tal vez era de terciopelo o quién sabe de qué tela estaba hecha la cubierta del mundo de la fantasía. Los pliegues de la cortina, al efecto de las lámparas situadas en el piso, parecían dar más encanto a la tela y a la sala en general.

Habíamos visto tres o cuatro veces los cartelones. En ese tiempo los colocaban dentro del Portal Reforma. Artistas como Marlene Dietrich, Robert Taylor, Charles Boyer, Humphrey Bogart y otros más nos deleitaban con sus actuaciones. Casi empezaba el intermedio. Los tolucos estábamos acostumbrados a ver, por el mismo precio, una buena película y otra de segunda clase. Ahora casi todas las cintas son de segunda clase. ¡Imagínense! Dos películas por el mismo precio. Cuatro horas aplanando el trasero.

Ese día había butacas forradas de rojo. Nos resultaron agradables a la vista y muy cómodas. Todo estaba transformado. Para salir a los corredores y la dulcería había que hacer a un lado más cortinas.

—Ahorita regreso —dije a mis acompañantes—. Si me sigo de largo me llaman, pronto apagarán las luces y puedo perderme.

Salí por una de las cortinas. Si mal no recuerdo, la cortina estaba ligeramente abombada por el aire. Cuatro o cinco jóvenes me cerraron el paso. Me sentí molesta y les dije «pelados». Me seguí muy digna al tocador para damas. Abrí la puerta y quedé frente a un mundo de Liliput. Había sobre las paredes de azulejo o mosaico unos pequeños recipientes suspendidos como a un metro de altura. No supe qué hacer. Mentalmente reconocí que era imposible utilizar esos minúsculos depósitos. Me sentí desolada y con una pregunta en mente... ¿Cómo se usarán esos artefactos?



El señor Lavativas

Era un hombre moreno, regordete, pelo cano. Su mujer, enjuta. Pobretones. Vivían en la calle de Heredia, amplia casona llena de girasoles. La pareja acostumbraba tomar sus alimentos bajo la sombra de un nogal. Algunas veces se podía atisbar la mesa en que comían. Mantel blanco lleno de puntas tejidas a gancho. Figuras deshiladas, dos vasos y una jarra de cristal cortado. Vajilla blanca con filos plateados. Adornos azules, azul claro. Dos juegos de cubiertos, no faltaba nada. Trinche para carne, cucharitas para el café, tenedor para el mango, cuchillo para la mantequilla. Era una mesa que parecía invitar a comer. Dos servilletas con los mismos tejidos que el mantel. Era una mesa de ensueño.

La sombra del nogal era pródiga y como si quisiera alagar al matrimonio soltaba frutos en los meses de agosto y septiembre.

Nunca se supo del pasado de esa familia, pero se intuye que eran gente de dinero, buenas costumbres y que por cuestiones políticas habían venido a menos. La mujer, modosita, fina al caminar y elegante en su miseria. El señor Lavativas ejercía profesión de curandero. No era un curandero azteca. Era un hombre que vestía traje raído, lustroso por el uso constante. Algunas veces se amontonaban los pacientes en el pequeño cuarto de la pareja. Otras ocasiones los enfermos escaseaban. Todos eran muy pobres, más pobres que el galeno. Tal era su carencia que en ocasiones en lugar de unas monedas

para el médico, dejaban un pequeño puñado de hierbas comestibles. Otras, con mejor suerte, depositaban en su mano centavos de cobre.

Las enfermedades eran tan diversas como los nombres del Calendario de Galván: artritis reumatoide, amígdalas inflamadas, torcedura de algún tobillo, ácido úrico, flatulencias recurrentes, niño con lombrices, comezón en la nariz y ano. Los pacientes esperaban turno. El aprendiz de brujo hacía sus pócimas. Ollas y ollas en el fogón. Algunas veces hacía hervir sus tisanas o enemas, otras veces preparaba supositorios de jabón, anconadas de vela de cebo.

El medicamento reiterativo, fuera o no necesario, eran las lavativas. A eso se debía el mote del facultativo.

¿Tenía el paciente sucio el estómago? Enema de hierbabuena.

¿Prurito? Lavativa de epazote de perro.

¿Comezón en la nariz y ano? Lavativa de manzanilla con hojas de aguacate.

¿Dolores de gota o reuma? Infusión de flores de girasol.

¿Dolores de abdomen? ¡Dos litros de agua hervida, un poco de sal y un gramo de tlachichinoa!

Muy orondo el señor Lavativas decía con voz suave.

—Una buena lavativa y tendrá que disminuir su gastroenteritis.

Dicen que el paciente salió mustio y que su cura fue total con su enema de tlachichinoa.

Hemos olvidado la mesa de los esposos para explicar su miseria en el comer. La edad de nuestro personaje no le permitía emplearse en otra cosa, además Toluca no era nido de empleos. Toluca era un pueblo frío, inhóspito para algunos.

El señor Lavativas hacía lo que podía. Eso sí: a cubrir las apariencias. La mesa muy bien puesta, por si algún paciente de clase media se atrevía a consultarlo. En ese mismo momento la esposa salía con prontitud sosteniendo entre las manos dos o tres recipientes llenos de sobras de comida. Trozos de huesos de pollo, descoloridos y a punto de pulverizarse por el tiempo transcurrido. Huesitos de duraznos cenizos y reseco y con muestras de que les habían arrancado hasta la última fibra de pulpa. Los platos vacíos, las servilletas sobre ellos, agua simple y en el paupérrimo fogón, junto las pócimas curativas, junto a los enemas e infusiones, una olla de dos orejas con la cuchara de madera sobre su boca hirviente. En el fondo de la vasija unas alubias grandes, sin pizca de cebolla, poro, ni jamón, ni tocino; apenas pintado el caldo con un jitomate descolorido, picado muy fino y agua, agua del pozo, agua muy límpida y cristalina con un poco de sal.

El matrimonio permanecía sin esperanzas de mejorar, acompañados siempre de tranquila resignación y admirando, sin querer, su espléndida mesa, testigo mudo de un pasado de opulencia y que allá en el fondo laceraba con furia su presente de miseria. ||